

G-20: El futuro dura mucho tiempo

Jesús Fernández-Villaverde (Universidad de Pennsylvania y FEDEA)

Juan F. Rubio (Universidad de Duke y FEDEA)

Las crisis pasan. Sí, incluso la actual recesión será pronto parte del pasado y, en unos años, la exclusiva preocupación de historiadores y economistas. Lo que sí que puede acompañarnos por mucho tiempo son las medidas de políticas económicas ratificadas estos días en reuniones como la del G20 del jueves. Por desgracia, existen motivos de preocupación.

Los políticos suelen responder a las crisis como los toros en una corrida: ven el capote y cargan de manera alocada. Esto es debido, en parte, a que las democracias occidentales están sesgadas hacia la acción. Aquel gobernante que se sienta a analizar los acontecimientos, o simplemente a pensar las cosas con más mesura, es inmediatamente tachado de ineficaz o incluso peor, de despegado de la realidad. Una y otra vez, decisiones insensatas pero que, o bien complacen los instintos populistas más desenfrenados del público (jaleado mucha vez por grupos de interés) o poco meditadas, son aprobadas con una sorprendente falta de oposición porque parecen satisfacer esa imperante necesidad de actuación.

En el comunicado final del G20 podemos ver la huella de tres fantasmas que nos aterran. El primero es el proteccionismo. Desde nuestro ministro de industria alentando a que nos vayamos a esquiar a Sierra Nevada en vez de los Alpes a la decisión del Congreso de EE.UU. de seguir limitando la entrada de camiones mejicanos, tiorios y troyanos se han lanzado con gusto a descomponer la delicada madeja del comercio internacional.

En sólo cuatro meses tras la anterior reunión del G20 el 15 de Noviembre del 2008, al final de la cual a todos los dirigentes se les llenaba la boca de declaraciones piadosas en apoyo del comercio internacional, 17 de los 20 países miembros han aprobado 47 medidas proteccionistas. China, por ejemplo, ha decidido trabar la entrada de productos lacteos Españoles, lo que dificultará que encontremos leche condensada La Lechera en nuestro próximo viaje al reino del centro. EE.UU. ha decidido fijar aranceles prohibitivos al queso Roquefort (pero no al Brie), a los hígados grasos de patos y gansos (que es como parece decirse en estos casos foie gras) y otras docenas de los alimentos Europeos que hacen la vida de los exiliados en América ligeramente civilizada. Pero todas estas trabas, tan fáciles de poner y tan difíciles de quitar, limitan el crecimiento y el bienestar de todos. En un país como España, en el que nos hartamos de proteccionismo durante décadas con magros resultados, recordar este punto debería ser innecesario. Lamentablemente, no lo es.

El segundo fantasma es el de una re-regulación financiera masiva. Hoy en día se ha convertido tan en dogma de fe en editoriales, blogs y o reuniones como las del G20 el pedir una nueva regulación financiera, que el expresar escepticismo es prueba prima facie de ser mente maquiavélica o perversa. Pero, a riesgo de grave pecado mortal de pensamiento, palabra, obra, y omisión, los argumentos a favor de una regulación minuciosa del sistema financiero nos convencen poco. Básicamente, porque las dos partes del sistema bancario que se han pulverizado, los bancos y (en EE.UU.) los prestamistas hipotecarios, eran las partes más reguladas del sistema. Basilea II ha resultado ser un fracaso y la supervisión de Fannie y Freddie incompetente.

Y en vez de cuestionarnos si tal maraña de regulaciones y órganos interventores tiene sentido y no sería más lógico intentar cambiar los incentivos, la opinión más respetada parece decidida a doblar la dosis. Es más, queremos regular los hedge funds, que esta vez poco han tenido que ver con nuestras penurias actuales y si algo, han sido de las únicas instituciones que han pompeado liquidez a los mercados. Una regulación alocada del sistema financiero solo disminuirá la capacidad de nuestras economías de asignar capital donde es necesario y reducir la innovación empresarial sin que necesariamente se reduzca el número de crisis financieras. Una supervisión que impide Enron o Lehman también es un sistema que impide Microsoft o Dell.

El tercer fantasma es una política fiscal más propia de Felipe II que de países modernos. Básicamente se ha extendido la idea de que vamos a salir de la crisis a golpe de talonario público y, mejor si se puede, de todos a la vez. Como dice el comunicado final del G20, “Estamos realizando una expansión fiscal sin precedentes y coordinada que salvará o creará millones de puestos de trabajo” y que además “acelerará la transición hacia una economía verde.” En otra ocasión tendremos más tiempo de elaborar nuestros razonamientos con detalle, pero ni vemos la evidencia empírica muy clara ni nos impresionan los argumentos teóricos acerca de la efectividad de la política fiscal (o de los positivos efectos medioambientales de subvencionar a General Motors).

Es más, incluso si aceptásemos la eficacia de la política fiscal, los incrementos de gasto pueden llegar muy tarde, en varios trimestres, cuando la economía ya se encuentre en caminos de recuperación y con el asociado riesgo de inflación. De nuevo, la nefanda experiencia Española de mucho tiempo de uso del presupuesto del estado como instrumento de negación de la realidad debería bastarnos para ser cuidadosos. Pero, parece que, en un ejercicio de amnesia colectiva, el recuerdo de la crisis de los 70 o del desembridamiento del gasto público tras la huelga general del 14-D, ha pasado a dormir el sueño de los justos.

Los políticos reunidos en el G20 deberían de recordar que el futuro dura mucho tiempo, pero que las recesiones no. En el comunicado final, el lenguaje tecnocrático al uso en estas ocasiones intenta convencernos que todo está bajo control: que el comercio internacional no peligra, que la nueva regulación financiera será como aguas de mayo y que la política fiscal de expansión colectiva del gasto es la propia de un buen pater familias. Una pena que nos les creamos. Dormiríamos más tranquilos.